

produce, hace contorsiones y gestos, y señala con el dedo, y saca la lengua; Swift, en cambio, cuando mueve á risa, no se rie, sino al contrario toma un aspecto grave y hasta triste, siendo Addison el único que permanece sereno, efecto de su buen natural y mejor educacion, cosas ambas que le obligan á suavizar y á embotar los golpes más acerados del ingenio. De nosotros diremos que preferimos los chistes de Addison á los de Swift y Voltaire, y que si la manera de los dos últimos ha podido imitarse con éxito, nadie ha logrado hacer lo propio con la de Addison. Mas en lo que nuestro poeta aparece sin duda superior á todos sus rivales presentes y pasados, es en la gracia, la nobleza y la moralidad de los chistes; porque si Swift tiene la gracia y el humor del Mefistófeles de Goethe, y Voltaire el del Puck de Shakspeare, y zqué! se torna en misántropo á fuerza de severidad, y éste si no es inhumano tampoco respeta nada, José Addison, aún en los momentos mismos que hace reir á carcajadas, da muestras de compadecer cuanto es débil, menesteroso y delicado, y de venerar cuanto es grande, amable y sublime; como que ningun deber moral ni doctrina ninguna religiosa, natural ó revelada, son nunca objeto de sátiras de su parte que puedan redundar en su descrédito, ni abusa cual lo hicieron Swift y Voltaire de sus poderosas facultades para emplearlas en ridiculizar á sus semejantes. Y tanto es así, que á pesar de verse atacado encarnizadamente de sus enemigos políticos y literarios, ni sus provocaciones, ni sus agresiones, ni el ejemplo de sus colegas, pudo nunca determinarle á usar de represalias, y que en cuantas obras escribió no se contiene una sola sátira que no se halle penetrada de benevolencia ó de generosidad.

XXIX.

Los *Ensayos* de Addison ejercieron tanta influencia en las costumbres de su siglo que, bajo este aspecto, son merecedores de las más grandes alabanzas. Porque si bien cuando apareció el *Tatler* en el estadio periodístico ya comenzaba la sociedad inglesa á sentir rubor y á corregirse de sus vicios pasados; que Jeremías Collier había reprendido en sus críticas al teatro sus excesos, y que, comparadas á las de Etherege y de Wycherley, las comedias de la época de Addison podían reputarse honestas, como la opinion pública se hallaba persuadida de que debía existir cierta misteriosa y fatal relacion entre las aptitudes literarias y el desórden de las costumbres, y entre las virtudes domésticas y las mogigaterías puritanas, cupo la gloria de acabar con estas preocupaciones á nuestro Addison. El cual asestó golpes tan certeros y felices sobre los vicios, y empleó contra ellos con tanta eficacia las burlas que hasta entónces habían esgrimido poetas y prosistas en desprestigio de la virtud, que desde aquel entónces los ultrajes públicos á la decencia se han considerado en Inglaterra como prueba evidente de necedad. No estará demas añadir que, con ser esta revolucion grande y saludable muy superior á cuantas haya conseguido realizar nunca un autor satírico, Addison la llevó á cabo sin haberse permitido una sola personalidad.

Inútil nos parece decir que Addison se mostró superior á sus colaboradores en el *Tatler* desde que comenzó á escribir en él, por más que no sean sus primeros artículos como los últimos, casi todos

comparables á las obras maestras y de mayor perfeccion del *Spectator*; influyendo esto principalmente, como es fácil comprender, en el éxito del periódico, que fué inmenso y desacostumbrado hasta entónces en las publicaciones análogas.

XXX.

Durante la legislatura que comenzó el mes de Noviembre de 1709, y que hizo memorable la causa de Sacheverell, vino Addison á Londres; y buena falta le hacian en aquella circunstancia los consue- los que pudieran proporcionarle sus triunfos literarios y la simpatía de sus lectores. Porque como la reina seguia detestando á los *whigs* y á Marlborough, se preparaba sin más razon que su odio á lanzarlos del poder. No se atrevió durante cierto tiempo á poner en ejecucion su pensamiento, y ménos comprendiendo que ocupaba el trono á virtud de títulos muy discutibles, que podria indisponerse con la mayoría de ambas Cámaras, que se hallaba empeñada en una guerra peligrosa para su corona, y que no le convenia privarse por el momento de los servicios de un general tan venturoso como hábil; mas cuando desaparecieron en 1710 las razones que sujetaban su voluntad, se dejó persuadir de los consejos de Harley y determinó despedir á los ministros. Sunderland fué la primera víctima sacrificada, y en vano sus colegas se forjaron ilusiones durante cierto tiempo acerca del porvenir que les guardaba, porque unos en pos de otros, cayeron todos, siendo disuelto el Parlamento; comenzando los *torles* á ejercer con ciega y torpe brutalidad el poder conquistado á tan poca costa, y siendo tantas

y tales y tan desafortunadas las injusticias de que fueron objeto entónces los *whigs*, que áun hoy día excitan la indignacion de quien las conoce. Nunca hubo ministros que dieran muestras en lo tocante á la administracion y á la conducta política de su patria de más energía, moderacion y habilidad, ni cuyos triunfos parecieran siempre como en ellos galardón merecido de su prudencia. Habian salvado la Holanda y la Alemania, humillado la Francia, vencido en España (por lo ménos así lo parecia en aquellos momentos) á la casa de Borbon; elevado la Inglaterra al primer rango entre las grandes potencias europeas, reunido la Inglaterra y la Escocia, y respetado los derechos de la conciencia humana y las libertades de la nacion, dejando, en suma, su patria en el apogeo de la gloria y de la prosperidad al retirarse del poder; y sin embargo, fueron objeto en la desgracia de más censuras y recriminaciones injustas que los ministros que perdieron trece colonias, y los que mandaron un ejército aguerrido á morir en los fosos de Walcheren.

De todas las víctimas del naufragio, Addison fué la más desdichada, porque no sólo acababa de sufrir pérdidas pecuniarias de mucha consideracion cuando los *torles* lo separaron de su destino, sino que temia mucho por el modesto empleo de archivero de Irlanda que S. M. le confirió cuando fué allá con Wharton. Por otra parte, no pertenecia tampoco á la Universidad, y es muy probable que ya por entónces hubiera puesto los ojos en una ilustre dama, la cual, si cuando sus amigos políticos eran poderosos y él labraba rápidamente su fortuna, le dió esperanzas de colmar sus deseos, acaso mudó de pensamiento viéndolo en desgracia, por parecerle que M. Addison, escritor de clarísimo ingenio,

y M. Addison, primer secretario del despacho, eran dos personas enteramente distintas. Pero tantas desgracias y contrariedades juntas no fueron parte á turbar la serena tranquilidad de su espíritu, á quien fortalecía su propia inocencia y enriquecía el tesoro de sus virtudes, y así advirtió á sus amigos con plácida y filosófica resignación de que, al perder juntamente hacienda, empleos y dama, no le quedaba otro recurso sino volver á su antiguo magisterio, haciéndose de nuevo preceptor.

XXXI.

Sirvióle de consuelo en aquella circunstancia no participar de la impopularidad de sus amigos. Nadie protestó contra su reelección; y tanta era la simpatía que inspiraba su nombre, que Swift, á la sazón en Londres y resuelto á separarse del partido *whig*, decía lo siguiente á Stella en una carta: «Los *torios* triunfan en todas partes por inmensa mayoría; pero M. Addison ha quedado reelegido para la Cámara de los Comunes sin lucha. Me parece que si pidiera votos para ser Rey, ninguno le negaría el suyo.» Y bien será decir de paso que las consideraciones que le tuvo el partido *tory* no las obtuvo en cambio de ninguna concesión de su parte. Tampoco deberá olvidarse que durante las elecciones generales publicó un periódico político titulado el *Whig examiner*; que, á pesar de sus preocupaciones, Johnson lo calificó de muy superior al que Swift dirigía en favor del partido contrario, y que, cuando cesó, Swift no hizo misterio del gozo que sentía con la muerte de adversario tan poderoso. «Razon tiene

de alegrarse, dijo Johnson al saberlo, pues él no lo habría matado nunca.»

El único uso que hizo Addison de su crédito con los *torios* fué salvar algunos de sus amigos de la ruina general del partido *whig*, y mientras él acentuaba su hostilidad al Gobierno, cumpliendo su deber, como Steele y Ambrosio Phillips no se hallaban en su mismo caso, gestionaba en favor de ambos. Ignoramos si obtuvo para Phillipps gracias ó empleos; pero en cuanto á Steele podemos decir que, si perdió su empleo en el Consejo, conservó el de comisario del timbre á condición de no combatir al nuevo Ministerio; armisticio tácito en cuya estricta observancia lo mantuvo Addison durante más de dos años, cesando en su virtud de ser redactor político del *Tatler* Isaac Bickerstaff. Y como á consecuencia de haberse suprimido por completo en el periódico de Steele su sección, el *Tatler* cambió de carácter y no contuvo sino ensayos críticos sobre obras nuevas y artículos de moral y de costumbres, su fundador determinó suspenderlo y crear otro con arreglo á un plan más extenso, empezando por anunciar que la nueva publicación sería diaria. Y aunque pareció la empresa temeraria en un principio, muy luego confirmó el éxito la confianza que le había inspirado el fecundo ingenio de Addison. En efecto, el 2 de Enero de 1711 salió el último número del *Tatler*, y el 1.º de Marzo siguiente se dió á luz el primero de un periódico incomparable, conteniendo tan ingeniosas observaciones de un *Espectador* imaginario acerca de las costumbres y de la literatura, que arrebató al público desde su aparición.

XXXII.

Al trazar Addison el retrato del Espectador forjado en su fantasía, se tomó á sí propio evidentemente y hasta cierto punto por modelo, porque el *Spectator* es un *gentleman* que despues de pasar largos años en la Universidad, y de haber recorrido en sus viajes las comarcas clásicas y estudiado á conciencia los tiempos antiguos, á su regreso á la madre patria se fija en Lóndres y observa la sociedad que lo rodea bajo todos sus aspectos; pero á quien por desgracia invencible timidez impide hablar como no sea delante de muy contadas personas de su confianza. Los retratos de sus amigos los bosquejó Steele. Cuatro de estos bocetos, el abogado, el eclesiástico, el militar y el mercader, representaban personajes insignificantes, buenos nada más que para figurar en segundo término; y áun cuando no estuvieran trazados de mano maestra los dos restantes, á saber, los del aristócrata provinciano y del libertino londinense, como quiera que tuviesen buenos toques, Addison se apoderó de entrambos, los retocó y les dió color, y creó por tal manera los tipos tan conocidos hoy dia de las personas literatas con los nombres de sir Roger de Coverley y de Will Honeycomb.

Fuerza es decir que así fué original como feliz el plan del *Spectator*, pues cada uno de sus números puede leerse con separacion de los demas, y que sus quinientos ó seiscientos artículos forman un conjunto de tanto interes cual pudiera serlo amenísima novela. No huelga decir de paso que aún no se conocia en Inglaterra libro alguno de imaginacion que

contuviera pintura tan viva y animada de sus costumbres y modo de ser; que Richardson vegetaba en una imprenta con el componedor en la mano, y Fielding sólo pensaba en buscar nidos, trepando á los árboles, y Smollet no habia nacido. Pero la trama novelesca que liga unos á otros todos los números del *Spectator*, inició á nuestros padres en el goce de un placer desconocido ántes. Nada más sencillo, sin embargo, que los acontecimientos que la forman; nada tampoco que se haya escrito con tanta verdad, gracia é ingenio, y con tan profundo conocimiento del corazon humano y del mundo; circunstancias que nos seducen y cautivan de tal manera despues de leer por la centésima vez la coleccion que, á nuestro parecer, si Addison hubiera escrito una novela de mayores proporciones, á juzgar por el *Spectator*, habria sido superior á cuantas hoy dia posee la literatura inglesa, pudiéndose añadir que no sólo debe ser considerado Addison en consecuencia como el primero y principal de los autores de *Ensayos* en la Gran Bretaña, sino tambien como el precursor de sus grandes novelistas.

XXXIII.

Estos elogios corresponden por completo á José Addison, porque el *Spectator* era él, siendo suya la mitad de la materia contenida en la coleccion del periódico, el más flojo de sus *Ensayos* igual, cuando ménos, al mejor de cuantos escribieron sus colaboradores, los más notables rayanos con la perfeccion absoluta, y su variedad tan extraordinaria como su mérito, pues ni advertimos en ellos repeticiones, ni tampoco agotados los asuntos propues-

tos. Addison dominaba todos los tonos á su voluntad, y ya nos recuerde Luciano, Labruyère, Goldsmith, Horacio ó Massillon, siempre brilla en el que adopta. Nada será más eficaz para formarse idea exacta de la extension y variedad de su talento que leer seguidos los artículos titulados: *La Bolsa*, *Dos visitas á la Abadía*, *El diario del retirado*, *La vision de Mirza*, *Trasmigraciones de Pug el Mono* y *la Muerte de sir Roger de Coverley* (1). En nuestros dias se halla, no obstante, muy generalizada la idea de que los *Ensayos críticos* de Addison no son dignos de la fama de su autor; pero, bien será decir al propio tiempo que los mejores de ellos eran demasiado buenos para entónces, y que todos rebosaban ingenio y claridad, bien que al aparecer aquellos en los cuales protestaba contra la estulta indiferencia de los ingleses hácia sus antiguas baladas, excitaran críticas y burlas generales en el público.

El éxito del *Spectator* fué, como ya dejamos indicado, superior al de cuantas obras análogas le habian precedido. Comenzó por tirar 3.000 ejemplares diarios, y llegaba su edicion á 4.000 cuando votó el Parlamento el impuesto del timbre, causa de la muerte de muchos periódicos; pero el *Spectator* se sostuvo, aunque sufrió algo de los efectos de la ley, duplicando su precio, y merced al expediente y al favor de sus lectores, continuó produciendo fuertes sumas al Estado y á su empresa; como que de algunos números hubo que imprimir hasta 20.000. Así y todo, sólo ciertas clases privilegiadas de la socie-

(1) Números 26, 329, 69, 317, 259, 343 y 517. Estos artículos se hallan en los siete primeros tomos. El octavo puede considerarse independiente de los demas.

dad podian leer diariamente el *Spectator* á causa de su costo excesivo; que la muchedumbre de los ingleses debia esperar la publicacion en volúmenes para conocer los artículos de Addison, y entónces se agotaban en pocos dias ediciones de 40.000 ejemplares, no dando las prensas abasto á la demanda. Las mejores novelas de sir Walter Scott y de Mr. Dickens no han alcanzado—salvo la proporcion debida entre los lectores de antaño y los de ogaño—popularidad comparable á la del *Spectator*.

XXXIV.

A fines de 1712 dejó de publicarse tan interesante periódico, tal vez porque comprendieran sus redactores que ya era tiempo de hacerlo así, reemplazándolo con otro nuevo, temerosos de que pudiera dar muestras el público de cansancio, viendo siempre los mismos personajes en la escena. Pocas semanas despues salió á luz *El Guardian* (*El Tutelar*); mas con tan mala fortuna, que su nacimiento y su muerte fueron igualmente desdichados, comenzando por causar tedio á sus lectores y acabando como las tragedias, con un desastre. Aparte de que su plan primitivo fué defectuoso, Addison no escribió para *El Guardian* hasta el tercer mes de su fundacion, y ya entónces todo su talento era ineficaz á salvarlo de ruina. Al llegar á este punto preguntan todos sus biógrafos por qué no colaboró ántes en *El Guardian*, sin hallar respuesta satisfactoria, acaso por no advertir que aquellos momentos precisamente se ocupaba en los ensayos de su tragedia titulada *Cato*.

Cuidadosamente guardado en un cajon de su escritorio tenia nuestro Addison desde que volvió de

Italia el manuscrito, sin atreverse, por efecto de la excesiva modestia y susceptibilidad de su carácter, á correr con él los azares de la representacion. Todos cuantos conocian la obra le tributaban las mayores alabanzas; pero tambien algunos, temerosos de que su sabor tan clásico y su perfeccion llegasen á producir cansancio en el público, le aconsejaban imprimirla sin aventurarse á ponerla en escena, con lo cual se fortificaba en su propósito de no representarla nunca. Pero ello es que al cabo de muchas incertidumbres, y cediendo á la solicitud de los amigos políticos, para quienes era evidente que la concurrencia descubriría en la tragedia ciertas analogías entre los partidarios de César y los *torjes*, entre Sempronio y los *whigs* apóstatas, y entre Caton, luchando hasta el postrer suspiro por la libertad de Roma, y la pequeña falange de patriotas que se agrupaba en torno de Halifax y de Wharton, la entregó á los directores del teatro de Drury-Lane, sin estipular condiciones. Lo cual obligó más á la empresa y la empeñó en el buen desempeño de la obra y en el lujo de los trajes y verdad de las decoraciones. Cierta es que por costosas que fueran éstas, no habrían satisfecho en nuestros dias al habilísimo escenógrafo Mr. Macready; pero en cambio Juba salió á las tablas con un traje bordado de oro por todas partes, y Caton con una peluca de gran precio. A mayor abundamiento escribió Pope un prólogo interesante, y Steele se hizo cargo de repartir billetes entre amigos y correligionarios. En los palcos no se veía sino personajes de la oposicion, y en las butacas, prebendados de *Inns of Court* y contertulios de los cafés literarios, todos predispuestos en favor del autor, habiendo acudido la noche del estreno hasta sir Gilberto Heathcote, gobernador del Banco

de Inglaterra, con una poderosa hueste de *whigs* de la *City* para remediar con su esfuerzo cualquier peligro y acudir con sus aplausos allí donde fuera necesario. El papel de Caton se confió á Booth, y á decir verdad, lo representó á maravilla.

Pero no hacian falta en verdad tantas medidas preventivas, porque los *torjes* colectivamente considerados, no sentian animosidad ninguna contra el autor de *Caton*, y á creer en sus palabras, así respetaban las leyes y las autoridades constituidas como aborrecian las insurrecciones populares y los ejércitos permanentes. Demas de esto, tampoco les consentia su propio interes apropiarse las censuras dirigidas al ilustre caudillo y gran demagogo, que auxiliado de sus tropas y del populacho consiguió destruir las leyes fundamentales de su patria, y por tanto el alto clero respondió cual un eco formidable á las estruendosas aclamaciones de los socios del *Club Kit-Cat*, cayendo la cortina despues de la última escena en medio de una tempestad de aplausos unánimes; y al dia siguiente describió *El Guardian* el entusiasmo y admiracion que habia producido en los espectadores la tragedia con frases tan ecomiásticas, que á no hallarlas conformes con el lenguaje del *Examiner*, órgano declarado del Gobierno, las hubiéramos tachado de parcialidad. No obstante, los *torjes* se burlaron mucho de la conducta de sus adversarios políticos en aquella circunstancia, y pusieron en ridículo á Steele, que se mostró, cual siempre, con más celo que buen gusto y discernimiento; á sir Gibby (Gilberto Heathcote), más acostumbrado á contratar mercaderías que á silbar ó aplaudir en estrenos dramáticos; á Wharton, que tuvo el cinismo de aplaudir ciertas escenas que parecian escritas para él; á Garth, autor de un epílogo chabacano, y

á tantos otros, haciéndolos víctimas por algun tiempo de críticas mordaces y punzantes. Pero en cuanto á nuestro Addison, los *torjes* más exaltados y ménos benévolos, del propio modo que los *whigs*, hablaron siempre como de persona digna, honrada y respetable, y á la cual sus virtudes y caballeridad hacian merecedora de las mayores consideraciones, y de que su nombre ilustre y puro quedara libre y exento en toda ocasion de las polémicas y luchas de los partidos políticos.

Conviene citar entre las chanzas más acerbas que se usaron contra los *whigs* aquellos dias para mermarles la satisfaccion del triunfo, la de Bolingbroke. Pues como enviara recado á Booth durante un entreacto para que fuese á su palco, le regaló á la vista de los espectadores una bolsa con 50 guineas, diciéndole que se la daba «en recompensa de haber defendido tan bien la causa de la libertad contra un dictador perpétuo.»

XXXV.

Aun cuando era el mes de Abril y en esa época del año, siglo y medio ha, se consideraba la temporada teatral vencida, *Caton* se representó treinta noches consecutivas ante numerosa concurrencia, y produjo á la empresa dobles utilidades que una *season* ordinaria. Llegada que fué la del verano, la compañía de Drury-Lane se trasladó á Oxford para dar algunas funciones, y puso en escena el *Caton* con tanto éxito como en Lóndres, poblándose todas las tardes el teatro de un público que conservaba de su autor amables recuerdos.

En nuestro concepto, se juzga hoy dia con la

equidad debida la tragedia de *Caton*, que alcanzó entónces éxito extraordinario, pues nos parece que seria tan absurdo compararla con las obras maestras del teatro griego, como con los grandes dramas ingleses del reinado de Isabel, ó las producciones de la edad madura de Schiller. Hállase, no obstante, bien escrita, en buen estilo, admirablemente dialogada en ciertos pasajes, y merece mencion especial entre las obras del teatro inglés imitadas de modelos franceses, si no al lado de *Athalie* y de *Zaire*, por lo ménos al de *Cinna*, y sin duda ninguna muy por sobre todas las demas tragedias inglesas de la misma escuela; que ni Corneille, ni Voltaire, ni Alfieri, ni Racine lograron hacer hablar tan bien á los romanos como Addison. De todos modos, es lo cierto que *Caton* contribuyó más aún que los *Tatler*, los *Spectator* y los *Freeholder* reunidos á la celebridad de Addison entre sus contemporáneos.

Pero si la modestia y la benevolencia del feliz poeta dramático habia podido conjurar hasta el odio de las facciones, como acaso sea la envidia literaria pasión más implacable que no el espíritu de partido, un *whig* célebre fué quien se mostró enemigo más encarnizado de la tragedia *whig* en la persona de John Dennis, el cual publicó acerca del *Caton* observaciones ingeniosas, pero acerbas y groseras. Addison no quiso defenderse, ni ménos usar de represalias; y convencido de su propio mérito, se dolió del adversario, á quien la necesidad, la crítica y los desengaños habian enconado el carácter, de suyo irritable y enojoso.

XXXVI.

Entre los jóvenes candidatos al favor de Addison había uno cuyo mérito y acaso también cuya malicia discreta, velada é hipócrita distinguían igualmente. Hablamos de Pope, á la sazón de veinticinco años, en la plenitud de su ingenio y que acababa de publicar por entonces su mejor poema, *El robo del rizo* (*The rape of the lock*). Addison lo había distinguido siempre y mostrado grande admiración hácia su talento; mas no sin advertir claramente lo que mirada ménos sagaz hubiera descubierto con dificultad, y era que, mal avenido con ser pequeño, jorobado y enfermizo, ansiaba vengarse del ultraje que le hizo naturaleza en la sociedad.

Cuando pareció el *Ensayo sobre la crítica*, el *Spectator* le consagró grandes elogios; pero como añadiera, sin propósito de ofender á Pope ciertamente, que mejor habría hecho el autor de obra tan notable con no aventurarse á malévolas personalidades, más ofendido de la crítica que satisfecho de las alabanzas, aunque dió gracias por el consejo á nuestro Addison y le prometió seguirlo, y los dos escritores continuaron en buenas relaciones y prestándose mutuos servicios, y Addison celebró públicamente las *Misceláneas* de Pope, y Pope hizo un prólogo para Addison, poco duró la tregua. Porque como Pope aborreciese á Dennis, á quien había insultado sin provocación de su parte, las observaciones sobre *Caton* franquearon al irritable poeta el medio que buscaba ya de antiguo para desahogar su odio y mala voluntad, aparentando tomar la defensa de un amigo, y así lo hizo, dando á luz la *Rela-*

ción del frenesí de John Dennis. Pero Pope cometió un error con ella, equivocándose acerca de la naturaleza de su propio ingenio; porque si esgrimia con arte y habilidad extraordinaria el arma terrible de la injuria y de la ironía, le faltaba por completo el talento dramático. En aquella circunstancia una sátira semejante á las que llevan los nombres de *Attico* ó de *Esporo* habría inferido al crítico del *Caton* un golpe del cual no se hubiera repuesto nunca; mas al escribir Pope un diálogo, parecía, para servirnos de la imágen de Horacio y de la suya, un lobo que intentara dar coces en vez de morder. De aquí que la *Relación del frenesí* carezca por completo de mérito alguno, y hasta de argumento, siendo sus burlas tan insignificantes que no lo parecen, y de tan mala calidad que aun el público que se complace oyendo en las plazas las chocarrerías y bufonadas de los saltabancos las silbaría.

Pero no cayó Addison en el lazo de la oficiosidad de Pope, que por lo demás le causó mucho enojo, en razón á que un tan despreciable libelo sólo podía ser eficaz á perjudicarlo en la opinión pública. Pues si nunca quiso emplear para su defensa, en aquella forma, el arma de la sátira que manejaba tan admirablemente, ¿cómo había de consentir que, á pretexto de amparar su reputación contra ciertas agresiones que despreciaba, otros escritores cometieran ultrajes? Addison, pues, que siempre se abstuvo de dar satisfacción á sus agravios infiriéndolos, manifestó entonces que no tenía parte alguna en la redacción del libelo de Pope, que lo desaprobaba, y que si Dennis lo ponía en el caso de replicarle, sabría observar en su respuesta los respetos y consideraciones que son debidos entre caballeros. Estas palabras, que se apresuró á comunicar á Dennis,